



Marisa Bianchi

Araceli

y los jazmines

Marisa Bianchi

Stalker, 2005.

© Marisa Bianchi

info@editorialstalker.com.ar

www.editorialstalker.com.ar

Ilustración de portada: Gabriel Cebrián

CAPÍTULO 1: "LA GLORIA"

(18/7/2001)

Un poco más de sombra de ojos, sí, y corrector de ojeras. No sé por qué estoy algo ojerosa en estos días. Y algo de rubor para cubrir la palidez que heredé, entre otras cosas, de mi abuela (cosas espirituales, porque de las otras pocas). Claro, estoy cansada. El esfuerzo de la interna fue duro y prolongado. Además, los nervios. ¡Cuatro días estuve para sacarme la foto del affiche con el líder, y con Alejandro, que me guste o no, es el dueño de la Sección Electoral. ¡Si no hubiera tenido primero el resfrío, después la gripe y al final el maldito derrame pleural que me duele tanto! Y no dejé de fumar, no puedo, pero tampoco puedo caminar rápido porque me agito y me duele el costado, ¡pero qué me importa si esta noche es mía!

¿Fue duro, dije? ¡Durísimo! Primero lograr que el líder me conociera, supiera mi nombre, reconociera mi cara. Alejandro me infiltró en el comité de campaña. "Muy buena redactora" dijo. "Puede ayudar en las solicitudes y en los comunicados de prensa", agregó. Yo sentía vergüenza. Estaban ahí todos los monstruos de la comunicación social. Pero no me amedrenté. Con vergüenza y todo, metí baza en cuanto pude. No me hacían ningún caso, por supuesto, hasta que un día le di un consejo al líder ¡esas agallas tuve!, y asintió. Desde entonces comenzaron a mirarme distinto. Al líder le caigo bien. En las reuniones con los dirigentes de todas las Secciones escucha mis opiniones con atención. Y sigue asintiendo. Me va muy bien.

Lástima que tenga tanto trabajo en mi trabajo, ¡y viva la redundancia! Primero a laburar como una negra todo el día y de noche, a hacer política. Ése es el fastidio que siempre le tuve a la política. Se hace de noche y yo me caigo de sueño, y me muero de miedo cuando llego a casa a las 3 de la madrugada. Además, cuesta mucho dinero. Que el aporte para el Comité, que el almuerzo, la comida, plata para los volantes, mucha ropa nueva, porque además de inteligencia, que a veces los hombres tienen muy poca, a las mujeres nos exigen que seamos monas, simpáticas y bien vestidas. Y además acostarnos. Pero yo no me acuesto.

Así y todo, lo logré. No sólo la foto con el líder. También ver pegado el affiche con mi cara sonriente, a pesar del dolor de pulmón, por todo el microcentro. ¡Y los pasacalles! ¡Sí, en la mismísima puerta de mi oficina, un pasacalle más grande que mi cabeza! ¡Y los trípticos contando mi historia desde que me afilié en el '83, enamorada de la democracia! Los pequeños cargos del principio los obviamos, pero bien que puse que fui Convencional cuatro años, y Presidenta de la Comisión de Reformas a la Carta Orgánica, y funcionaria pública, y agregué la fotografía... la verdad que estoy linda, con la blusa blanca y el collar de perlas de mamá.

Me morí de miedo todo el día de la elección interna. Sabía que ganaría, pero igual sentía miedo. Y esa asquerosa del otro Comité que siempre nos lleva la contra y va con la línea opuesta sea cual sea, pero que no nos ganará nunca. La Parroquia es nuestra, bah, de Alejandro, pero en verdad bastante que hice, así que puedo decir "nuestra"

Tuvimos mucha suerte. Mayoría y minoría. Toda la Sección Electoral "nuestra" y yo, la Presidenta. Lástima que cuando fuimos a comer, para festejar claro, me dieron esos dolores en las piernas y en las manos que últimamente aparecen tan seguido. No sé qué me pasa, cuando me canso mucho se me hinchan los dedos y parece que se me incrustaran clavos en los nudillos, y en las rodillas también. Encima nos mandaron a comer al primer piso del restaurante. Cuando vi la escalera, tan alta, tan larga, me quise morir. ¿Cómo hago para subir esto, si estoy renga? Pero soy la Presidenta, me dije, no puedo mostrar la hilacha. Así que tragué saliva y subí, apoyándome discretamente en el pasamanos. Me tiré en una silla y me saqué los zapatos. Lógico, cuando quise ponérmelos para salir no podía. Me creí Greta Garbo, con sus pies tan grandes, tratando de calzarse el zapatito de Cenicienta. Así que me agarré del pasamanos con fuerza y me tiré de cabeza. Llegué abajo con la dignidad de la Presidenta.

¡Ay, que no se me despegue una pestaña postiza! ¡Y que no me den los dolores! ¡Miren quién está! Ése nos hizo la contra todo el tiempo y ahora se las da de amigo. Por suerte el Comité está repleto de gente, así, si viene la desgraciada que se opone siempre se cae muerta. Ahí está, no podía faltar, aunque más no sea para sufrir. ¡Y con qué cara me mira!

Ya estoy sentada, presidiendo la primera reunión, la constitutiva. Gracias al Cielo que llevo tantos años trabajando en una casa legislativa, sé cómo conducir una

reunión. Alejandro de un lado porque me transfiere el mando. Del otro el pobre Roberto, asumiendo como Secretario General y, de paso, como siempre, luchando con el micrófono. ¿Será posible que no hayamos logrado tener un buen equipo de sonido en este roñoso Comité a lo largo de seis años que llevamos luchando y luchando? En todos los actos pasa lo mismo. Al que le toca, empieza: "Hola, hola, probando, 1, 2, 3, probando", y nadie escucha nada. Pero a mí me van a oír. Me lo aprendí de memoria. Redacté tantos discursos para otros que éste es mi turno. ¡Ay, por favor, que no me olvide de nada!

Alejandro me mira con cara de ¡empezá! Y empiezo, claro. "Queridos correligionarios y correligionarias: Les agradezco profundamente que nos acompañen en esta asunción de la Comisión Directiva que tengo el honor de presidir, en virtud de haber sido electa por el voto mayoritario de los afiliados. Y quiero contarles algunas vivencias personales, que entiendo pueden interesarles. Mi primer pensamiento, cuando me dirigía hacia aquí, fue para recordar el trayecto que tuve que recorrer para alcanzar esta posición que, como les dije, le debo a los afiliados de la Sección. Llegué a este sitio en febrero de 1983, atraída por la idea de la democracia, y encontré un cálido ambiente (ahí me olvidé de todos los insultos que crucé con mis "queridos correligionarios") donde se me recibió con los brazos abiertos, como lo estila nuestro Partido, sin ninguna discriminación. Poco a poco fui ocupando posiciones expectables, y ahora llego a la Presidencia, con lo que

puedo demostrarles que nuestro Partido, absolutamente abierto a las inquietudes de todos sus afiliados, posibilita el acceso a los cargos con la sola obligación del esfuerzo y el trabajo militante. No discrimina a las mujeres, nunca me he sentido discriminada en razón de mi sexo, tan es así que la Lista triunfadora, que hoy asume, lleva más del 50% de los cargos ocupados por mujeres. Por eso, en este Comité Seccional, que es la casa de todos, los invito cordialmente y los convoco con la fuerza de las convicciones para que reunida toda la Parroquia sin distinción de líneas internas (eso se creen, la desgraciada me mira desde el fondo con sonrisa socarrona, no la dejaré ni pisar el Comité), emprendamos la lucha para ganar las Elecciones Nacionales. Todos serán bienvenidos, todas las ideas recepcionadas y analizadas, para que esta Sección Electoral aporte su granito de arena al triunfo final."

¡Pla, pla, pla! Me ¡pla, pla, pla! como locos, unos por compromiso, otros por convicción, otros, pocos, porque realmente me quieren, y algunos porque tienen que aguantarme, porque soy la Presidenta y dependen de mí para que llegue a concejala y entonces ¡viva la vida! ¡Ay, caramba, Alejandro se paró y quiere abrazarme, y con esta maldita rodilla me da tanto trabajo levantarme! Hací un esfuerzo, ponete de pie, eso, bien, sonreí, que nadie se dé cuenta, tengo que ir a un médico pero no me alcanza el tiempo y menos ahora que vienen a besuquearme, abrazarme, están todos sudados, me enchastran, antes de ir al restaurante tendré que ducharme, ¡gracias querida, te espero pronto por aquí!...¡pero qué alegría verte, cuánto

tiempo! ¿desde la interna, no? Otro baboseo, ay, tiene toda la cara mojada, por favor, que se vayan todos y me dejen ir a mí, que la pierna izquierda no me sostiene.

¡Uf, ya estoy tirada en la cama! No tuve ni fuerzas para sacarme la ropa sola, le pedí a mamá que me ayudara. Y ahora, tranquila, a repasar la jornada. Estuve muy bien, nunca me vi en otra, a soñar, a soñar con un futuro venturoso, pero tendría que tomar una aspirina porque el maldito dedo grande del pie izquierdo estallará en cualquier momento.

¿Y ahora quién llama por teléfono? ¿A quién se le ocurre a esta hora, que ni sé cuál es? ¡Magdalena, tesoro, qué gusto oírte! (¿Por qué no habrás llamado mañana? Todos los políticos hablan de noche.) ¡Ah, sí! Estoy muy feliz, hoy asumí, me alegro porque voy a compartir el Plenario con vos. ¿La Comisión de la Mujer? No, no me embromes, ya sabés que no soy feminista, no creo ni en las discriminaciones positivas, son discriminaciones al fin, ni siquiera deseo el cupo, me siento humillada, rebajada, si gano un lugar por usar polleras. ¿Cómo? ¿Que Mirta está empeñada en lograr la Presidencia de la Comisión? No, a esa loca no podemos entregársela, ¿No la querés vos? ¡Ah, claro, no podés por el otro cargo! ¿Y Josefina? (Yo se la enchufo a cualquiera, la cosa es sacármela de encima) Ah, no, tampoco. ¿Así que ya hablaste con ellas y están dispuestas a apoyarme? ¿Todas? ¿Y tenemos la mayoría? (Pensá Araceli, pensá, a lo mejor te conviene, es lo único que podrás agarrar en el Comité Central aunque sea una porquería) ¿Y cuándo es la votación? ¿Cómo que mañana?

¡No me avisaron nada! Y bueno, con tal de reventar a esa tonta, dale para adelante. Sí, si hay que dar pelea la doy, sabés que no soy manca. ¿A qué hora dijiste? Bueno, estaré allí. Chau.

¿Y ahora quién duerme? Tengo que pensar la estrategia para ganarle a Mirta. Es una cuestión de piel, no la aguanto. Además, habla tantas pavadas que puede hacer un desastre. Si contamos con Josefina también vendrá Delia, y Magdalena pone tres votos seguros. Bien, tendré que presidir eso si no hay lugar en otro lado.

Y aunque me duela la pierna. Me dolió más cuando vi entrar a Mirta. Fue un conventillo. "Me estás gritando", me dijo. Pero le contesté. "Grito porque das tales alaridos que, si no grito, no me oís". Se levantó y se fue ofendida. Gracias al Cielo pudimos hacer la votación en paz y ya no sólo presido la Sección, también la Comisión de la Mujer de la Capital. Ahora a pensar algo inteligente, no reproduciré las estupideces de las que me precedieron.

¡Claro, cómo no se me ocurrió! Convocaré no sólo a las dirigentes, que son pocas. Llamaré a todas las militantes de todas las Secciones Electorales que quieran intervenir, transformaré la Comisión de la Mujer a secas en una Comisión de Acción Política de la Mujer, donde todas podamos expresarnos. Las mujeres no somos taradas, es mucho lo que podemos hacer. No tienen por qué usarnos en los Comités sólo para doblar boletas y pegar sobres, y después repartirse ellos los cargos y las decisiones. Tenemos que lograr nuestro propio espacio, pero no por la

vía del feminismo trasnochado sino demostrando nuestras capacidades, reuniéndonos, agrupándonos, intercambiando ideas. ¡Ay, este dolor en el pulmón que casi no me deja respirar y sigo con el pucho, maldito sea!

Pero ya conozco el camino, las convocaré a todas por carta y llamándolas por teléfono aunque me funda. En política hay que hablar mucho, convencer, seducir, atraer. Seguramente comenzaré juntando a pocas, pero con el tiempo esto puede hacerse verdaderamente grande, un logro sensacional y un verdadero aporte para el Partido desde la auténtica militancia.

¡Vamos Araceli todavía! Mañana tenés que llamar al Comité Central, pedir todos los teléfonos, las secretarias te quieren, te los darán. No, no sé si podré mañana, tengo que firmar el boleto con los Méndez y quiero volver a casa, cobraré muchos dólares y no me gusta andar por la calle tan cargada. Bueno, pasado mañana, es lo mismo, ¡si encontrara un desgraciado que me sacara la contractura de trapecio le pagaría lo que fuera!, pero el ultrasonido y los masajes no sirvieron más que para hacerme perder el tiempo y el dinero.

Bueno, a olvidarse de la contractura, son nervios, tengo la vida tan agitada, la cosa es reunir afiliadas, movilizarlas, ponerlas en marcha. Podemos producir documentos, encuentros, tal vez hasta organizar un Congreso.

¡Estoy llena de entusiasmo con tantas posibilidades! El cargo nuevo en el trabajo, que significa bastante plata y honores también, la Presidencia de la Sección (¡cómo me aplaudieron!), y ahora la Comisión de la Mujer. No

entiendo cómo, con tanto trabajo, no se me ve ni vieja ni fea. Bueno, soy joven y linda, pero pude haberme arruinado, lo que pasa es que me cuido, mucho maquillaje, buena ropa, siempre una sonrisa. Dinero no me falta, de modo que ni esa preocupación tengo. Ni la de un marido y unos demonios de chicos, porque gracias a Dios no me casé, y mamá, a pesar de ser grande, no sólo no es una molestia, es una gran ayuda, siempre tan criteriosa, con tan buen juicio... sí, ese Dios gracias al cual no me casé ha puesto todo en mis manos: dinero, belleza, juventud, cargos, hasta un poquito de poder. ¿Qué más le puedo pedir a la vida?

CAPÍTULO 2: "LA SORPRESA"

¡Qué desgracia, me duerma a la hora que sea, siempre me despierto a las 6 de la mañana! Claro, todos los demás políticos pueden militar de noche porque duermen de día, pero yo, que tengo que ganarme la vida y darle una mano a mamá con la casa, no tengo tiempo. Encima hace un calor de morirse ¿qué pretendo a mediados de noviembre? Llueve, y la inmobiliaria donde debo encontrarme con los Méndez queda lejísimos, en la otra punta de la ciudad. ¡Lo que faltaba! Hoy me duele la garganta, nunca me duele pero hoy es la garganta y los oídos también, será un poco de resfrío, ya pasará.

¡Qué pesada se pone esta firma de boleto! Están discutiendo por dos pesos de comisión, ellos que tienen tanta plata. Ojalá terminen rápido, que tengo que ir al trabajo. ¡Bravo, me invitan a almorzar!, así me ahorro el dinero y como un poco mejor, porque en el Centro, con un sandwich de miga, me quedo muerta de hambre.

Bueno, no puedo quejarme de los Mendez, me pagaron todo y encima me regalaron un ramo de jazmines. Muero por ese perfume penetrante, es mi flor preferida. Lástima que él es traumatólogo y de dolor de garganta no sabe nada. Qué raro, hoy estoy cansada desde la mañana, y con todo este dinero encima... mejor me voy a casa y aviso al trabajo que pego el faltazo, total, por un día pueden arreglarse sin mí. ¿Sin mí? Si llevo un montón de años haciéndolo todo. ¡Araceli, los proyectos! ¡Araceli, los despachos! ¡Araceli, las gacetillas! ¡Araceli, los discursos! ¡Araceli, hay una persona esperando! ¡Araceli!!!!!!

Bueno, pues hoy se tendrán que quedar sin Araceli. Ahora, cuando llegue a casa, me pongo el camisoncito, me meto en la cama a tejer y a escuchar FMClásica, y charlo con mamá. ¡Qué harían los pobrecitos de San Martín si no tejiera tantos escaarpines para donar a Cáritas! No tuve hijos pero muchas patitas usan mis escaarpines, y hay que prepararse para el invierno aunque aún no haya comenzado el verano. Sí, hoy no voy, cualquier cosa me llaman por teléfono, pero necesito descansar, además me duele mucho la garganta. Mami ¿no me das una aspirina?

¡Qué linda tarde pasé! La vieja hasta me trajo la comida a la cama, le gusta que me quede un día en casa, nos vemos tan

poco y tenemos tanto para decirnos. Este Nuevedinario está cada vez más imbankable, me muero porque termine, tengo mucho sueño y todavía me falta tomar el café de la noche, conversar un poco con mamá y a dormir, mañana tengo muchísimo que hacer, todo el trabajo atrasado de hoy y llamar a las afiliadas, no debo olvidarme de eso, estoy entusiasmada con lo de la Comisión de la Mujer. ¡Suerte que no dije que no! Cuando me la ofrecieron, tal como estaba conformada daba asco, pero ahora todo será distinto y me gusta el desafío de lograr algo nuevo, bah, siempre me gustan los desafíos, competir, ganar. Es como el tipo al que le gusta jugar a la ruleta, quiere ganar. Yo quiero ganar en la vida.

¡Al fin apagamos la luz! Nunca entendí por qué, en un departamento tan grande, comparto el cuarto con mamá. Debo haberme quedado en el útero. En verdad no está mal. Un cuarto, escritorio; otro, sala de estar; y el tercero, dormitorio para las dos juntas, como siempre desde que papá se fue con la loca esa y nos dejó solas. Así tenemos más comunicación, y si se nos ocurre contarnos algo de noche, basta con hablarle a la que duerme en la cama de al lado, no hace falta levantarse. Ella también está chocha con lo de las Mujeres aunque se asustó un poco: "¿Te vas a meter en otra cosa más?" Y claro que sí, es mi oportunidad, en política el tiempo es muy importante, es capaz que, si desperdicio esta posibilidad, la próxima se me presente cuando sea vieja y desdentada y no quiero esperar tanto. Todo tiene que ser hoy y ahora.

¿Qué me pasa? Siento mucho frío, mucho, ¡pero si estoy temblando! ¿Tendré fiebre? No veo por qué, nunca tengo fiebre, mi problema es que el termómetro jamás sube de 36°, no puede ser fiebre, soy hipotérmica, pero ¡cómo tiemblo! No aguanto el frío. Mami, encenderé la luz, quiero tomarme la temperatura, no puede ser pero a lo mejor me subió la fiebre.

No, no puede ser, dio mal, son 38° y medio, jamás he tenido esta temperatura, sí mami, traeme una aspirina, enseguida bajará, debe ser el dolor de garganta, no mamá, nervios no, estoy nerviosa pero como siempre y siempre tengo 36°, gracias, la aspirina la bajará rapidito, no te preocupes, lo que me mata es el frío, sí, siento frío aunque vos tengas calor.

Ya hace media hora que tomé la aspirina, ahora controlo la temperatura que seguro se me fue al piso, y me duermo. Mami, hay que llamar a un médico, tengo 39° y medio y no puedo parar de temblar. Algo pasa, trae la cartilla de la prepaga, acercame el teléfono, a ver, dónde está el número del servicio de urgencias. ¿Cuánto tiempo? ¿Media hora? Bueno, pero por favor señor, que se apuren, no me siento nada bien.

Para qué le habré pedido que se apure, si total ya pasaron dos horas y todavía no llegó nadie. ¿Cuánto tengo ahora? ¡Batí el record histórico, llegué a 40°! Pero ¿qué tengo? Sí doctor, me duele mucho la garganta, y los oídos, casi no podía tragar la aspirina, no me pasaba ¿quiere que le muestre? ¡Ah, sí! Una laringitis ¿Y eso qué es, dolor de

garganta nada más? Ah, una inflamación generalizada, bueno, tomo este antibiótico, desde mañana claro, ¿y en cuánto tiempo estaré bien?, porque tengo muchas cosas que hacer y no puedo pasarme la vida en la cama. ¡Cinco días! Iré mejorando de a poco, supongo, así aunque sea desde la cama podré llamar por teléfono a las afiliadas. ¿Y cómo se baja la fiebre? El viejo truco de la ducha helada no me gusta pero bueno, si usted lo dice ya me meto en la bañera. ¿Certificado para el trabajo? No gracias, no lo necesito, yo me arreglo.

Por favor, sacame otro camión, éste está empapado, ¡ay, qué horror la ducha fría!, tiemblo cada vez más, me va a agarrar un ataque de nervios, corré, traeme la toalla, ¡ay!, a la cama, acercame el termómetro por favor, ¡Dios mío, que me baje un poco!, así puedo dormirme, en mi vida he tenido tanto sueño. ¿Me bajó sólo a 38° y medio, con todo lo que sufrí con el agua fría y la aspirina que tomé? Si mamá, tenés razón, mejor me duermo y mañana estaré como nueva. ¡Qué lindo, cinco días sin hacer nada, podré disfrutar de mi música, limpiar un poco el cerebro de las cosas cotidianas y elaborar bien lo de la Comisión de la Mujer; ahora se me pasó el frío, al revés, tengo calor, ¡cómo transpiro! Dicen las viejas que es cuando baja la fiebre, a ver el termómetro de nuevo (la verdad es que la fiebre siempre me asustó), ya debe haber bajado a 36°, ¡¿cómo que sigo con 38°? ! Si mami, si, me duermo, quedate tranquila, de laringitis no se muere nadie.

No se muere nadie pero no pude dormir en toda la noche, me duele mucho la garganta y la contractura de trapecio no

me permite acomodarme bien en la cama. ¡Hola, buenos días! ¡Qué rico desayuno! Y me lo traés a la cama, tengo que enfermarme de vez en cuando para vivir como una reina. No, no te lo tomes en serio, si me mimás siempre. A ver cuánta fiebre tengo. ¡Mami, tengo 39°!

Por favor, corré a comprar el antibiótico, la farmacia de Rivadavia abre a las 8, así empiezo el tratamiento enseguida, sí, ya sé, en dos o tres días estaré bien, el médico dijo cinco de exagerados que son. ¿No vas a comprarme el antibiótico?

No es posible, ya no son tres días, van los cinco que dijo este burro y sigo con fiebre, continua, continua, lo más que bajo es a 38°, me paso la vida debajo de la ducha y nada, siempre transpirada o muerta de frío según me dé por ahí, y este pelo largo que me molesta tanto. Vamos a llamar al médico de la prepaga, este antibiótico no sirve para nada, además, que me dé algo fuerte para la fiebre, cuando era chica existía el Causalón, ahora no sé.

¡Ah, es otro médico!, claro, el de la vez pasada hoy no está de guardia, debí haber esperado al lunes pero no puedo esperar tanto, es miércoles, bueno, le explico, el doctor dijo que tengo laringitis, que en cinco días pasaría pero estoy igual o peor, aquí no se arregla nada, bueno, puede ser que el colega no haya acertado con el antibiótico, lo comprendo, esto es cuestión de pegarla, sí, cómo no, mamá ya va a la farmacia. ¿Cada cuántas horas? ¿Cada seis? ¿Y para bajar la fiebre el Paracetamol? ¡Qué suerte, a éste se lo

veía más inteligente, más despejado, seguro que dio en la tecla!

No mami, no me hagas un bife, no sé, por la laringitis se me atora todo en la garganta, me cuesta mucho tragar, si fuera algo más suave, un soufflé, una sopa aunque sea. ¡Qué calor! ¿Podrías alcanzarme una bandita para sujetarme el pelo? Dejá, yo puedo sola, gracias.

El Paracetamol es más inservible que la aspirina, no bajo de 38° y enseguida subo a 40°, tengo que tomar mucho líquido porque si me descuido me deshidrataré, ¿me comprarías Seven Up?

Pobre, se la ve cansada. Bueno, me curaré pronto, pero no es función tenerla al trote de día y de noche, porque de noche es cuando más me sube la temperatura, llego a límites increíbles, y se la pasa despierta poniéndome paños fríos en la cabeza como dijo Mabel, que no hacen nada tampoco, pero por lo menos la ilusión me mantiene con fuerzas.

Con fuerzas pero no estúpida. Llevo diez días así, llamé a la prepaga, si ya sabés el número de memoria, no ves que yo no puedo estirarme hasta el teléfono, me duelen muchísimo los brazos y las piernas, el otro día quise estornudar y no pude aspirar suficiente aire, me dolió tanto el tórax que se me cortó el estornudo. ¿Así que es por eso, doctora? (Ya sos la tercera que viene) Claro, la fiebre inflama las membranas, ah no, los cartílagos que unen las costillas con el esternón, por eso me duele el tórax. Sí, claro, probaré con el antibiótico nuevo, por supuesto, ¡como para elegir estoy!

¿Llegaré bien a Navidad, no? Bueno, me quedo tranquila, gracias.

Y, si es 8 de diciembre debo levantarme para armar el Arbolito, tiene que durar hasta Reyes, pero cómo me duele todo y qué floja estoy, qué tortura, Jesús, si no fuera por vos y por tu Nacimiento, me quedaba en la cama. Estos malditos adornos no se terminan más, bien, pongo la Estrella y listo, y un beso al Jesusito del Pesebre, pero quiero irme a la cama, no mami, no comeré levantada, llevame la comida y no me retes, por favor, no sabés cómo me siento, sí que sé que los enfermos deben forzarse un poco, sino se quedan a vivir en la cama, pero no puedo, estoy transida de dolor, ¡no me retes!

Ahora otro de la medicina prepaga, ¿no pueden mandar dos veces al mismo?, y a contarle toda la historia de nuevo, si doctor, empecé el 15 de noviembre, ya estamos a 10 de diciembre y sigo igual. ¡Un virus! ¡¿Si no respondo al antibiótico es un virus?! ¿Y con qué se sacan? Ah, son de muchísimas variedades o como se diga, y realmente no existe un medicamento muy definido, ¿Usted me está diciendo que me curaré cuando Dios quiera? ¿Dios, cuándo vas a querer? Porque esto se está poniendo muy pesado, no dormimos ni de día ni de noche, si logro levantarme y sentarme en una silla la fiebre baja un poco, pero ni bien me meto en la cama sube y sube, y un día voy a romper el termómetro, además me parto de los dolores y mamá se está deteriorando, la veo agotada, claro, son más de 70

años, tiene que hacerlo todo y encima con miedo, porque aunque diga que no, tiene miedo.

Y bueno, llámalo a Álvarez Tuñón aunque sea particular, pagaré pero sabe, seguro que lo resuelve todo en un día. Gracias doctor, fue muy amable en venir (otra vez a contar toda la historia). Bueno, está bien, con el Paracetamol sigo ¿no podría asociarlo con aspirinas, a ver si me siento mejor? ¡Ah!, los dolores pueden ser de reuma, o por la fiebre, habría que ver, mejor que consulte a un reumatólogo.

¡Pero si es 24 de diciembre, ¿a quién encontraré hoy?! Traéme la cartilla de la prepaga, uno cerca de casa, éste quedaría bien, ¿el 26 a las 16 horas? Sí, cómo no. Y si, doctor, además de la fiebre, que es por la laringitis que me trajo un virus, me duele mucho todo, ya tuve artritis, se me había pasado ¡ay! no me toque esa articulación, no lo soporto. Sí, me haré la radiografía urgente, de manos y de rodillas, cuando esté un poco mejor se la traigo, porque ya me doy cuenta que me está subiendo la fiebre.

Más líquido mami, más, inventá cualquier cosa, té, café, Coca o lo que sea, un jugo, pero me voy a deshidratar, dame con azúcar que energiza mucho. Y alcánzame el vaso por favor, me cuesta mucho estirar el brazo, me duele. No, no son mimos, no te creas, tendrías que estar en mi pellejo. Si, ya estoy lista, con un taxi en cinco minutos llegamos a la clínica, ¡por favor!, si me sacaran la radiografía rápido, pongo las manos sobre la mesa con los dedos abiertos, ¡qué fácil es todo! ¿Cómo? ¿Para las rodillas hay que subirse a la

camilla? Pero no puedo, bueno, está bien, me siento y me arrastro hasta quedar acostada en la posición adecuada, no, no puedo girar las piernas, bueno, está bien. ¡Por favor, qué dolor! ¿Me ayudaría a bajar de la camilla? Gracias por no ayudarme. Mamá, acompaña me al toilette, tengo náuseas, sí, ya sé que son nervios, me tocó un radiólogo maldito, no me ayudó nada, acá no vuelvo más.

En fin, la Navidad la pasamos muy mal, pero Álvarez Tuñón me aseguró que para Año Nuevo estaré bien. Me llamó Alejandro, está preocupado, nunca falté tanto tiempo al trabajo, y me ofreció su dichosa recomendación para ir al Fernández, que allí están los mejores médicos. Y bueno, como quieras, si podés hacer algo, yo voy. No, no voy nada, en mi vida he pisado un hospital, es lo único que me faltaba, me revisarán toda de nuevo, y las colas, a ver si me agarro un contagio de cualquiera... o si descubren lo que tengo.

Son las campanas de Año Nuevo. Los cohetes, las bengalas. Mamá me mira desde su cama. Estoy muy flaca. Y con 40° todas las noches. La vez pasada Álvarez Tuñón se asustó porque él mismo me ponía el termómetro y no bajaba de 40° y medio. No era cierto que estaría curada para Navidad, ni para Año Nuevo. ¿Y para mi cumpleaños, doctor? Cumpló años el 14 de enero, quería que por lo menos mamá pudiera descansar un poco, y festejar ya salida de todo. ¡Qué cara de no saber lo que tengo! ¡Y para eso es médico! ¡Y encima le pago! Sí, gracias, feliz Año Nuevo para usted también. ¿Feliz? ¿O me estoy muriendo y encima no se sabe de qué?

CAPÍTULO 3: "EL LLANTO"

¿Me peinás? Sujetame la colita bien arriba para que el pelo no me dé calor en la nuca, yo me siento en el borde de la cama, esperá a ver si puedo. Lo que no sé es cómo vas a lograr meterme el peine en la cabeza, hace 26 días que no me lavo el pelo, pero es que cada lavado me hace subir la fiebre, soy un pegote vivo. Un pegote vivo que hoy, 14 de enero, cumple 40 años.

No te regalaré nada aunque sea tu madre, no tiene sentido un regalo con lo que estamos pasando. En verdad, sé que no tiene ni fuerzas para comprarme algo. Ya van sesenta noches sin dormir, velándome, poniéndome paños fríos en la cabeza, y los 40, 40, 40 grados que no bajan. Perdoname el trabajo que te doy, pero es que ya son tantos los dolores que ni siquiera puedo bajar el termómetro sola, tenés que hacerlo vos, y alcanzarme el agua porque no logro extender el brazo hasta la mesa de luz.

Cortame unos jazmines y ponémoslos cerca, es el mejor regalo que podés hacerme. Parece mentira que una planta, en una maceta de balcón, logre dar tantos jazmines. Que me perfumen la habitación. No tengo olor a enferma, ¿no?

El teléfono no cesa de sonar, como no ha parado en estos sesenta días, pero hoy más porque es mi cumpleaños. No sabía que tenía tantos amigos, que tanta gente se ocuparía de mí. Aparecen personas que estaban muy lejanas en el tiempo y en el pensamiento, y se ofrecen para todo. O para nada. Porque se nota que ya no se puede hacer nada.

No es lógico. Sé que los médicos no me mienten, sólo que no tienen la más pálida idea de lo que me pasa. Álvarez Tuñón viene casi todos los días, me toma la presión, me ausculta, y no me quedan fuerzas para insultarlo ni para rogarle un remedio mágico.

¿Para qué hice tanto esfuerzo, para qué le luché tanto a la vida si hoy, que cumpla años, estoy al borde de la muerte? Y sentada en otro borde, el de la cama, lloro, yo que no he llorado nunca, con la cara escondida en la falda de mi madre, que tiene que cargar permanentemente conmigo para llevarme hasta el baño porque los dolores son tan agudos que no puedo caminar sola. Y que se está muriendo conmigo. De a poquito, pero seguro.

Entonces le digo que recuerde que tengo un seguro de vida, que está en el primer cajón de mi escritorio, que si no lo encuentra llame a Irina que lo ubicará en dos minutos, y que le pida a Alejandro que la ayude a cobrarlo, que luego le dé el dinero a Esteban, ese escribano de confianza que nunca falta. Que venda este departamento enorme, que compre dos más chicos y que con eso y los otros que tenemos vivirá como una reina. ¿Por qué no querrá escucharme? ¿Por qué superpone sus palabras a las mías, si ambas sabemos que no tiene la más mínima noción de cómo se compra un dólar? Debo insistir, debo repetirle una y otra vez, mientras le pido más agua, más gaseosa, más té, y le aviso que me daré vuelta en la cama, que no se asuste, que gritaré porque me duele mucho cada vez que me muevo, pero que después se pasa. Mentira, no se pasa nada.

¡Mamá, quiero ir al baño! Y viene una y otra vez, me levanta, casi me arrastra, si Dios no la hubiera hecho tan flaca y petisa tendría más fuerza, una día nos vamos a caer las dos juntas y no sé quién nos levantará.

Por favor, atendé vos el teléfono, deciles que gracias, que los adoro, pero por favor, por favor nuevamente, que no me feliciten más, no puedo recibir tantos llamados, ¿o te olvidás que ya ni la saliva me pasa por la garganta?

Es el agotamiento, la fiebre, los dolores, las noches sin pegar los ojos, las siestas interrumpidas por los quejidos, la perra que llora en la cocina, no, no seas supersticiosa, no llora porque me vaya a morir, llora porque está encerrada, perra tonta, perra de mi corazón.

Por suerte, el día de mi cumpleaños pasó rápido, pero todo lo demás sigue igual. Álvarez Tuñón me prometió traerme el sábado un remedio que los yanquis prepararon, previendo la Guerra del Golfo, para combatir casi todos los virus conocidos. Tiene que pedírselo a un amigo y con eso bajará la fiebre y terminará todo. Si es que lo consigue. Porque en el Primer Mundo la gente se cura para después suicidarse como en Suecia. En el Tercer Mundo no necesitamos suicidarnos, nos morimos directamente.

Mami, ¿y si llamara al reumatólogo y le pidiera que viniera a casa? No importa la medicina prepaga, le abono lo que quiera, pero por lo menos que me quite los dolores aunque me quede la fiebre, de eso se encargará Álvarez Tuñón con su remedio yanqui, acordate del seguro de vida, llamala a Irina, no te olvides.

¡Qué suerte! ¡Bravo! (El reumatólogo se llama Bravo). Vendrá el sábado. Se cruzará con Álvarez Tuñón, a lo mejor entre los dos pueden intercambiar ideas y al fin dar en la tecla, en la tecla final.

Mamá me arrastra al living. Es 18 de enero y aún no desarmé el Árbol de Navidad, casi parece una broma macabra. Los médicos, como de costumbre, no llegan a la hora prevista. Y grito que no van a venir, que no van a venir nunca, que no llegarán a tiempo, que lo menos que pueden hacer es darme morfina porque me duele todo, que se mueran, que se mueran por inútiles, por vagos, porque es sábado y habrán ido a pasear, que se mueran como me estoy muriendo yo.

El primero en tocar el timbre es Álvarez Tuñón, muy orgulloso con su cajita yanqui. "Dos por día durante seis y quedarás como nueva". Claro, me conoce hace tantos años que me tutea. Y es tan bueno que me tiene lástima.

El otro, el Bravo famoso, que ya no recuerdo ni su cara, lo vi una sola vez, llegó más tarde, pero Álvarez Tuñón se quedó a esperarlo. Cansino, sereno, me observó, enloquecida, sentada en el sofá del living, con los pies increíblemente hinchados, los pelos pegoteados, la cara flaca. Miró las radiografías. Me pidió que fuera a la cama para revisarme, me arrastró hasta la cama. Guardó un silencio que me sacó de quicio. ¿Cómo tiene la garganta? Ya me la revisó el clínico, estoy bien. Déjeme ver. Le está subiendo la temperatura, tiene taquicardia. ¿Pero cómo me calma los dolores de la artritis, doctor? ¿Cómo?

Me acompañó al living. Yo no calmo, yo curo, pero no puedo dejarla en esta situación. Aplíquese ya mismo esta inyección, es de efecto prolongado, le durará entre siete y catorce días, mientras tanto se hará una serie de estudios, pero que su mamá compre ahora esta inyección. El lunes vendré otra vez. No, no me pague nada por ahora. Ya veremos.

Mamá sale como tejo para la farmacia y no sé si llegará, porque las piernas no le dan más. Hay que llamar a Beba (a nadie le falta una prima que sabe dar inyecciones). ¡Qué bueno! Álvarez Tuñón se ofrece a quedarse conmigo mientras mamá sale (cómo me verá) y él me aplicará la inyección. Bueno, por lo menos tengo eso solucionado. Pero no sé si mi vieja está lenta, si la farmacia se mudó de barrio o si tiene mucha gente esperando; la cosa es que tarda, tarda, y yo grito y grito.

Por suerte esta porquería trae la jeringa descartable y todo. Un pinchacito y una pequeña esperanza. Si con esto y el antivirósico de Álvarez Tuñón no arranco, no arranco más. Me dijeron que los medicamentos, en general, empiezan a hacer efecto a la hora de haberlos tomado. Hasta soy capaz de esperar dos horas. Pero no más de dos.

Por fin nos quedamos solas y juntas, como siempre, mamá y yo. Pasó la hora mientras preparaba la comida. Yo en la cama, más tranquila, más relajada. Cuando me alcanzó el plato advertí que podía estirar el brazo, lo mismo que noté, al apoyar la cabeza en la almohada, que no tenía la contractura de trapecio. Me invadió una mezcla de

entusiasmo y esoterismo. Creí que se trataba de magia. Como siempre, quiero saber. Tomo el termómetro y, sin darme cuenta, lo sacudo yo misma. Cinco minutos hay que dejarlo para estar bien segura. 36°. No puede ser. Ponételo en la otra axila. Cinco minutos. 36°. Nos damos vuelta en nuestras respectivas camas ¿mami, viste que no grité?, y nos quedamos profundamente dormidas.

En medio del sueño siento algo que me molesta. Es mamá que me coloca el termómetro. 36°. En la otra axila. 36°. Bueno, ya que me despertaste traeme un té con galletitas. Trago las galletitas como si tuviera la garganta de un avestruz. Nos miramos. No lo podemos creer.

Cada sesenta minutos me pongo el termómetro. En las dos axilas, claro, si tengo dos termómetros, en esta casa no van a faltar. 36°. Los sacudo yo misma. Respiro sin dolor. Quiero ir al baño. ¡Te ayudo! Me levanto sola, me peino, vuelvo, enciendo la radio, la pongo en FMClásica, por supuesto. Hace un mes que no escucho radio.

Dame la cena, tengo hambre. Y una fruta rica ¿hay pelones? Es increíble. No lo creo yo, no lo cree ella, ni lo cree la perra, porque al fin le abrimos la puerta de la cocina y se dejó de llorar. ¿Qué te parece, hija, si dejo encendido el velador? Por si necesitás algo a la noche.

Lo que necesito es que me dejes dormir, que no me pongas el termómetro a cada rato. A las dos, a las cuatro, a las seis. 35°. Le veo la expresión de terror. No te asustes, el metabolismo baja cuando uno duerme, disminuye la temperatura, el pulso, está todo bien. Quiero ducharme. ¿Qué te parece si me lavo el pelo?

A esta altura me deja hacer cualquier cosa. Me cambio el camisón, me miro al espejo con los rulos mojados, los aliso yo misma. Estoy fresca, limpia. Pero en mis ojos no hay vida. No importa, ya regresará.

¿Qué fue? ¿El remedio yanqui? ¿La inyección de Bravo? Bravo viene mañana, veremos qué dice. Andá, no llores más y cortame unos jazmines.

CAPITULO 4: "LA REVELACIÓN"

¿Cómo le va, Doctor Bravo? ¡Mire cómo me arreglé para recibirlo, maquillada y todo! ¿Me dio una pócima mágica? El sábado, a las 3 de la tarde, ya estaba durmiendo y la fiebre no ha vuelto. ¿Será por lo que me dio el Doctor Álvarez Tuñón o la combinación de todo?

Bravo es, evidentemente, un hombre paciente y cauteloso. No quiere arriesgarse a decir que Álvarez Tuñón la chingó, pero me explica que la inyección que me recetó es un corticoide, que por eso se me desinflamaron los pies, me bajó la temperatura y desaparecieron los dolores. Y no logro sacarle qué es lo que tengo. Insiste en que necesita hacerme estudios y me indica que vaya a un buen laboratorio. Cuando reviso la receta veo tres análisis desconocidos para mí, hija de médico que fue dueño de un laboratorio de nota. Me deja el teléfono de su casa y me recomienda que ante la menor duda lo llame a cualquier hora, de día o de noche, y que no trabaje, que me tome todo el tiempo que pueda.

Por supuesto, cuando se fue hice los comentarios con mamá. A las dos nos gusta ese hombre serio, callado, y corremos a buscar el termómetro, a ver si justo ahora que salió de casa me subió la fiebre. 36°.

Me siento muy débil, me voy a la cama. ¡Qué placer casi olvidado estar en pleno verano, con toda la luz, escuchando a Mozart y tejiendo para los chicos pobres! Lo único que me agota un poco es tanto llamado telefónico. No creí ser tan querida. Pero si no me quisieran no se molestarían en llamarme. Hasta me habla una mujer que se encontró con Alejandro y así se enteró de casualidad de todo lo que me ocurre. Y la gente del Comité Central, la del Comité Seccional, las personas que trabajan conmigo, todos, no falta ninguno.

Hoy conté catorce llamados. Quedé deshecha. Le digo a mamá que debemos poner límites porque me voy a morir de tanto hablar por teléfono, además me ahogo un poco, me quedo sin aliento y se me resiente la garganta.

De noche seguimos dejando la luz prendida y me tomo la temperatura cada dos horas. 36°. Por eso decidimos hacer el gran festejo de mi cumpleaños. Nos vamos a "La Estancia" a comer parrillada. El día está tan lindo que, en lugar de tomar un taxi, nos subiremos al 26 que nos deja a una cuadra. Para gozar del día, del aire, del sol. Me gusta el sol. ¡Ahí viene uno vacío, qué suerte, tendremos asiento! Siempre subo primero porque soy la que paga, y subo. No, no subo, al dar el envión me voy a la calle porque no tengo fuerzas. Las piernas no me responden. Grito algo que nunca grité en mi vida: ¡No puedo! El colectivero me mira

asombrado, soy una mujer joven. Insisto y subo, pero me doy cuenta que no puedo subir a un colectivo, que estoy muy débil. Me siento con mamá y le cuento mi desazón, esto me arruinó el paseo. Ya se te pasará, la fiebre debilita mucho, es únicamente un episodio. Tengo miedo de caerme al bajar. Me sujeto con fuerza y me largo de cabeza. Llegué a la calle sana ¿sana? de milagro.

Encima, los malditos análisis demoran veinte días, no sé qué me van a estudiar, estoy acostumbrada a un hemograma o una orina completa, pero ¡veinte días! Ya me dijo Bravo que el efecto de la inyección dura entre una y dos semanas, a lo mejor tengo suerte y se extiende un poco más, Beba se ofrece para todo, cualquier cosa la llamo a ella, es mucho tiempo, mucho.

Hoy es el séptimo día. Me despierto con dolor de garganta, manoteo el termómetro. 37,5°. A los diez minutos, 37,7°. Son las 6,30 y el médico se me irá al hospital. Yo lo llamo, total qué me importa, mamá, acercame el teléfono, rápido que lo pierdo, Doctor Bravo, tengo fiebre y dolor de garganta, urgente otra inyección, es que tiré la caja y no sé cómo se llama, Cronolevel, anote, aplíquesela lo antes posible. Otra vez mamá a la farmacia y Beba volando a casa. Otra vez la fiebre, el dolor, el miedo. Pero pasó enseguida. Lo que no pasó tan rápido fue el disgusto, la impresión, la conciencia de que todo esto es un paliativo. En concreto, ignoro qué tengo y me falta mucho para saberlo.

De todas formas, cuando me despierto a las 6, sigo con esa costumbre, salgo al balcón y miro el cielo. Es un placer ver las estrellas titilantes, fijar la vista en Venus. Casona le hace decir al protagonista de "La tercera palabra" que le gustan las estrellas. A mí también, sólo que ese hombre, el de la obra de Casona, no se muere, y a mí me parece que me voy a morir. Por eso miro el cielo, tal vez pronto sea una estrella más. Escucho el canto del grillo refugiado en una de mis macetas. Y huelo los jazmines. Su aroma invade mi cuarto.

Mamá está muy deteriorada, claro, qué quiero, a la edad que tiene y con todo el trabajo que le di. Pero ahora es distinto. Algo la ayudo. Sin darme cuenta estoy acercándome a la cocina. Tonterías, milanesas, una ensalada de arroz, eso me distrae. Es muy difícil quedarse todo el día quieta para una mujer como yo, acostumbrada a tanta actividad.

¡Por fin, hoy están los análisis! Mamá me los trajo pero no entiendo nada. De todas maneras, como esta tarde vamos al médico, él me dirá lo que tengo, que seguramente será una pavada si pudo resolverlo con dos inyecciones. La fiebre no reapareció, los dolores tampoco. Debe haber sido el medicamento de Álvarez Tuñón y éste ahora me hace ir al consultorio para ganarse sus buenos pesos. En fin, vamos y nos quedamos tranquilas. ¿O no?

Miró los protocolos detenidamente. Me miró a mí. Claro, tan charlatana, tan llena de vida, porque aunque débil estoy llena de vida, ahora me dice que todo salió bien, que los resultados son normales. ¿Por qué me pregunta si trabajo

mucho? Claro que trabajo mucho, desde hace casi diez años, cuando me metí en la función pública y me convertí en la mano derecha de Alejandro. Me exployo. Le cuento que un día entré a la oficina a las 8,45 de la mañana y salí a las 9, pero del día siguiente; que todo lo que comí ese día fue una medialuna con jamón y queso, que soy militante política, que necesito curarme pronto porque tengo muchas obligaciones, que me dé algún remedio que me fortifique las piernas, que Alejandro no puede prescindir de mí, que me acaban de ascender, que... me interrumpe con un gesto y comienza a hablar lentamente. Es una colágenopatía, una enfermedad del sistema inmunológico, nos llaman supermujeres, producimos mayor cantidad de hormonas que las otras, somos esforzadas, autoexigentes, autocríticas, no paramos nunca, nos autodestruímos... puede atacar el corazón, los riñones, los pulmones ¡yo tuve una pleuritis durante el invierno!, es la enfermedad del stress, así se la conoce vulgarmente, afecta a las mujeres (a los hombres no) que trabajan mucho y bajo una gran presión. Doctora, tiene lupus.

Antes de continuar el relato debo detenerme unos segundos, como se me detuvo el pensamiento en ese momento. Lupus. No siga doctor, lo conozco todo. Me estoy muriendo, puedo morirme. La única solución rápida es el corticoide. Mientras lo digo pienso en los granos y el vello en la cara, en el cabello que se cae, en los kilos que se aumentan, en la hinchazón, en el riesgo, me muero, puedo morirme y soy lo más importante del mundo porque mi madre es vieja y no

puedo dejarla sola, y la perra es apenas un cachorrito de nueve meses, y con la facha que tendré no puedo ni soñar en pisar el Comité Central, ni el Seccional, y en trabajar menos, preciso reposo, mucho reposo. Recuerdo a Sebastián Soler, el gran criminalista. Cuando lo del infarto se fue dos años a una estancia en Uruguay hasta que la herida cerrara. Volvió como nuevo y se murió de viejo. Soy lo más importante del mundo porque mi mundo gira en torno mío. No me explique nada, doctor, ya sé. ¿Cuántos miligramos de corticoide por día?

Lo veo dudar antes de escribir la receta. Adivino que está pensando en mi cutis sin manchas, en mi perfecto óvalo de cara, en mi siluetita. No me tenga lástima, haga lo que tenga que hacer. Cuarenta miligramos diarios. No, no lo soporto, no. Me toma la presión, en mi vida tuve presión alta salvo una vez que me agarré una rabieta en el trabajo. Máxima 17, mínima 10. Es por los nervios, por la impresión, por el disgusto. Tome también este protector estomacal, el corticoide... sí, ya sé doctor, trae gastritis y vómitos. Ya sé qué es el lupus, vuelva a olvidarse de la medicina prepa, lo tomo como médico particular, pero necesito que esté a mi disposición las veinticuatro horas los trescientos sesenta y cinco días del año, todos sus teléfonos, los lugares donde ubicarlo, le pago un abono mensual, el dinero que quiera, pero no me pondré una Curita sin consultarlo. ¿Sí? Sí, quédese tranquila, vaya ahora a la farmacia y compre el corticoide, empiece esta misma noche, no deje de tomarlo un sólo día, y contrólese

frecuentemente la presión. Sí, ya sé, el corticoide produce hipertensión. Coma sin... sal doctor, ya lo sé.

Mamá me anima en el taxi rumbo a la farmacia. Lo superarás haciendo todo lo que te dijo el médico, varios meses de descanso, te bajarán el corticoide de a poco hasta llegar a la dosis de sostén, además ya te explicó que el lupus adolescente es peor que el de la madurez. Le miro la cara. A mí no me engaña.

Trago la pastilla con la ansiedad del drogadicto. Es la vida. O la muerte.

Ahora es de noche y no puedo dormir a pesar de los sedantes que me dio Bravo para que el corticoide no me suba tanto la presión, sobre todo la mínima. Estoy rodeada de fantasmas. No me avergüenza decirlo, siento terror. Más que terror, angustia. Por mí, por ella, por todo lo que nos falta pasar.

Son las 7, estoy escribiéndole una carta a Alejandro. Le pido que me perdone, le digo que nunca lo abandoné en todos estos años pero que ahora está en juego mi vida, que necesito reposo por un largo tiempo, tengo miedo de perder el trabajo pero eso no se lo digo, siempre hay alguien que reemplaza al ausente, por eso le agrego que me mande a casa las cosas urgentes, yo podré hacerlas despacito. Y escribo otra carta, solicitando licencia en el Comité Central. Adiós Comisión de la Mujer, adiós trabajos, encuentros, congresos. Estoy muriéndome y sólo de mí depende la salvación.

Ahora es la tarde y comienzan los interminables llamados. Nadie sabe qué es el lupus, alguno lo oyó nombrar ¿tanto tiempo de reposo? Tanto tiempo, sí. O el ataúd.

No puedo seguir con este bajón, comer sin sal no me importa, pera ya están apareciendo algunos granos, no hay que tocarlos, ni apretarlos, ni nada. El pelo se me cae a mechones. La cara se me infla. No gracias, no quiero que vengan a verme, me emociono mucho. ¿Cómo les digo que no quiero que vean este espanto?

Bueno, debo reaccionar. Si voy a pasar en casa cinco o seis meses, con algo tendré que entretenerme. No siento deseos de leer cosas serias, yo, nada menos, que he sido tan lectora. Mamá, comprame la revista Hola y andá a traer mucha lana, así tejo para los chicos de Cáritas mientras escucho música. ¿Me acompañás a tomarme la presión? Tengo un poco de miedo de salir sola, es la primera vez.

16/10. No bajé nada, pero en cambio me cansé mucho. Es una cuadra hasta la farmacia y sin embargo estoy agitada. Y más al regreso. Mamá no supo por qué di un grito y me aferré a su brazo. Fue cuando me doblé la pierna izquierda y sentí un horrible dolor en la pantorrilla. No podía avanzar. No podía llegar a casa. Pero pude y me tiré sobre el teléfono para llamar a Bravo. Es un esguince, el corticoide debilita los músculos. Póngase hielo y descanse, la pierna para arriba. Ya pasará.

Ya pasará un cuerno, y esta noche viene Beba a comer. Es la única persona que permito que me vea, así como estoy, y

ahora encima renga. ¿Ni siquiera puedo tener una comida feliz?

CAPÍTULO 5: "EL HOSPITAL "

Otra vez son las 3 de la mañana. Todas las noches, por la excitación del corticoide claro, me despierto entre las 2 y las 3. Primero, en silencio, rezo los quince Misterios del Rosario, Dios y la Virgen no pueden dejarme, no pueden dejarnos. Mamá duerme con un ojo abierto y el otro cerrado. Siempre termino en lo mismo: enciendo el velador, conecto la radio y me pongo a tejer. Porque si no hago todo eso la idea de la muerte me ronda y me ronda, y otra idea más: lo tenía todo y todo lo perdí en un instante. Cuando regrese a lo mío seguro que habrá otra en mi lugar. ¿O creo que en el Comité Central no están buscándome reemplazante? ¿O se me ocurre que Alejandro paralizó su trabajo porque no estoy? Éste era mi año, ésta mi oportunidad. Claro, de no haberme excedido en el trabajo no me hubiera enfermado, pero fue la forma de llegar. No, en verdad es que yo no sabía que podía agarrarme un lupus. No vale la pena tanto destrozarse para conseguir un aplauso, un cargo, la Presidencia de un Comité, de una Comisión que en verdad no me interesaba. De haberlo sabido me hubiera quedado en empleada pública como la de Gasalla. Ni siquiera puedo decir lo que se comenta de Eva Perón, que se consumió por el pueblo sabiendo que tenía cáncer. Yo me consumí por ego, por ambición.

¿Y ahora qué soy? Un despojo tirado en una cama, que se esguinza cada vez que va a tomarse la presión. Una bocha llena de granos. Una panzona. Una inútil. Un horror.

Mamá ya se levanta. Me escapo al balcón para mirar las estrellas. Estaré horrible pero todavía vivo. ¿Hasta cuándo?

Bravo viene todas, todas las semanas. Hoy le toca, será de rutina, seguro. Me tomará la presión, siempre alta, y me revisará la pierna. ¿Qué dice? ¿Que tengo que repetir los análisis para ver cómo marchó? ¿Y un ecocardiograma y un ecopleura? ¿Pero qué me encuentra en el corazón, en los pulmones? Es verdad que todavía no puedo respirar hondo, pero deteriorada y todo hago bastantes cosas, tejo, leo, cocino más que antes, hasta una vez pasé la lustradora por el cuarto de estar. ¿Y otra vez veinte días hasta que me entreguen los resultados? ¿Y si estoy mejor me bajará el corticoide? ¿Cómo que ya veremos? ¿No sabe o me engaña?

Es lindo, por la tarde, ordenar los cajones, encuentro muchos recuerdos y muchas cosas viejas para donar a Cáritas, de esas que no usaré en la vida ¿cuánta? pero que a un pobre le sirven. También es lindo hablar por teléfono con las amigas, ya no me ahogo demasiado, y jugar con la perra que hace mucho que no llora. ¡Pero los análisis, que ya me extrajeron sangre y los veinte días no pasan más, son interminables, absolutamente interminables!

Lo malo sucede de noche, es un dicho de viejas. A mí se me cumple. Casi siempre me despierto sobresaltada. Sueño constantemente con la fachada de la bóveda que tengo en

Chacarita. Me despierto angustiada, transpirada, ¡cuántas veces he visto mi propia sepultura! Respiro hondo, Dios te salve Maria, llena eres de gracia... en el Segundo Misterio Doloroso, La Flagelación, los males del cuerpo. En el Cuarto, Jesús con la Cruz a cuestas camino del Calvario. Sacame esta Cruz o dame fuerzas para sostenerla, no soy una mala persona, no he pecado demasiado, ¿por qué a mí si hay tanta gente que trafica con chicos o con órganos, a mí, mientras los ricos, cada vez más ricos, no se ocupan de los pobres, cada vez más pobres? ¿Por qué mañana, sí, mañana, estarán los análisis y sabré, otra vez, la verdad?

Mamá va a buscarlos, por suerte los entregan a las 8 de la mañana, 8,30 estará en casa, si no anduviera tan mal de la pierna me iría al Hospital a consultar a Bravo, en ese maldito Servicio de Reumatología no hay teléfono, no puedo leerle los exámenes.

¿Cómo? ¿Qué es esto? Todo al revés que en los primeros estudios. No entiendo y hasta la noche no lo encuentro en la casa, hoy a la tarde va a visitar enfermos, ¡por qué no le avisé que tendría los famosos resultados para que se llegara a casa! No, yo me voy al Hospital aunque mamá diga que es una locura, que el Durand es muy grande y que ni siquiera sé cómo ubicar a Bravo, me pongo un vestido cualquiera, total, con la facha que tengo no hay nada que me arregle, llevo los anteojos, ni pierdo tiempo en ponerme las de contacto. ¡Taxi!

¿Por dónde se entrará? No puedo subir escaleras pero ya veo que no hay más remedio. Bueno, arriba Araceli, que no podés pero tenés que lograrlo, con la inquietud no te vas a

quedar. Buenos días, ¿el Servicio de Reumatología, por favor? Suba esa escalera, recorra el pasillo, llegue al Pabellón Romano, suba los escalones, mire a la derecha y allí están los carteles indicadores. Me dan ganas de pedirle que me lo escriba y que me traiga una silla de ruedas, porque el esguince me hace doler mucho y la cadera inversa se me ha arruinado, no llegaré, respiro profundo, transpiro que es un horror, subo, bajo, giro, avanzo, me quedan los últimos escalones, como diez. No, no puedo. Pero hay una potencia que se saca de lo más hondo del pecho, pongo el motor en primera, ahora en segunda, me aferro al pasamanos, vamos, uno, dos, tres, cinco, siete, diez, ¡llegué!

Pabellón Romano, viejo, deprimente, lleno de pobres enfermos que quién sabe de dónde han venido. Soy suelta, estoy acostumbrada a defenderme, a mandar, pero también puedo rogar si es preciso. Paso la tarjeta de funcionaria pública. Entro ganándoles el turno a todos. Me da vergüenza, me siento una porquería, nunca había usado la tarjeta. Pero la ansiedad me come y soy capaz de cualquier cosa menos de esperar.

Me derrumbo en la silla del pequeño consultorio de Bravo. ¿Por qué tan agitada? Quédese tranquila, déjeme ver. Mmmmmm, mmmmmmm. ¿Sabe que respondió muy bien al tratamiento? Los valores han descendido, hay una mejoría. ¿Entonces me baja el corticoide? Despacio, despacio, no se apure. No quiero arriesgarla a un retroceso. Siga con lo mismo y recuerde, mucho reposo, mucho, nada

de nervios ni de sol, no camine ni una cuadra por la vereda del sol. ¿Nunca más el sol, no? No.

¿Y ahora cómo salgo de acá? Porque no puedo subir y bajar mil veces, ¿dónde hay una rampa! ¿Cómo puede ser que no haya rampas en un Hospital! ¿O es que aquí no vienen discapacitados? Bueno, yo me siento en la escalera y bajo de traste, otra no me queda, total qué me importa si nadie me conoce, si nadie sabe que soy Araceli de la Huerta, Presidenta del Comité y de la Comisión de la Mujer y funcionaria pública, si aquí somos todos iguales, todos enfermos, todos pobres, todos desamparados? ¿Señor, hay alguna rampa para salir de aquí? Camine hasta el fondo, allí encontrará una. Quiero preguntarle por qué no camina él, pero casi reptando llego a la rampa, me deslizo, logro salir a la calle, empedrada por supuesto, así debe ser la calle de un Hospital ¿no? y tengo que cruzarla para tomar un taxi, no llego, no llego, llegué, me desplomo en el asiento.

En la entrada de casa está el portero, lo llamo a los gritos, me da el brazo, me sube al ascensor y en el quinto, en mi piso, me apoyo en los brazos de mamá. Dejame descansar, no puedo hablar, me ahogo. Los análisis dieron bien. ¿Te bajó la dosis? No, y hay algo peor. Estoy discapacitada.

CAPÍTULO 6: LA CRISIS

¡Qué rica me quedó la gelatina de frambuesa, pensar que me gusta tanto y hacía cómo diez años que no me preparaba una! Claro, el trabajo y la militancia roban todo el tiempo.

Ahora el tiempo me sobra, y hoy tengo el orgullo de haber cocinado todo el almuerzo, no sólo el postre. La vecina me pasó la receta de una ensalada de arroz con jamón cocido, arvejas y morrones que es una delicia. También regué las plantas tempranito para que no me dé el sol, es un gusto verlas crecer, sacar las hojitas secas, mirar los pimpollos. La albahaca huele lindo. Jazmines quedan pocos, termina el verano.

Me gustó mucho que Mabel violara la prohibición y viniera a verme. Me trajo el regalo de cumpleaños, atrasado por supuesto, de mis compañeras de trabajo. Es un reloj hermoso, a pila, de cuarzo, adornado con strass. Les escribí una carta cariñosa. Como a Florencia y Manuel, que me dejaron en portería un muñequito con la leyenda "Ojalá te cures pronto". Tanto cariño, tanto afecto. Insisto, no sabía que era capaz de generar estas cosas.

¡Si hasta había olvidado el placer de mirar televisión! Es lógico, siempre llegaba a casa tan tarde y tan cansada, tan ensimismada en lo mío, que apenas sintonizaba la radio para averiguar si había explotado el mundo. El mundo aún no explotó pero yo me enfermé.

Por suerte, luego del tercer análisis, Bravo me bajó la dosis. Hoy me lo dijo, por eso he tenido un día perfecto. Ahora, cómoda en la cama, sin la obligación de las pestañas postizas, tejo y converso con mamá. Antes no conversábamos tanto. Ya lo dije, caía rendida.

La vida de hogar no es tan mala como pensaba. Además, si es necesario para conservar la vida con mayúsculas deberé

adaptarme. Cuando vuelva al trabajo no seré la de antes. Un poco está bien, pero ni el país, ni el Partido, ni siquiera el Comité, se hundirán porque me tome un día libre o salga un rato antes a encontrarme con mis amigos, con esos amigos que permanecen fieles, atascando el teléfono con sus llamados. Cuando esté bien del todo los invitaré a casa y les prepararé todos los platos ricos que aprendí en estos meses. Por tender la mesa no me preocupo, para eso seguí el curso de protocolo. Y no creo que falte demasiado tiempo. Ya no tengo tantos granos y el pelo me creció un poco. Lo que me molesta mucho es la pierna, pero Dios proveerá.

¡Uy! ¿Quién llama ahora? Es tarde y los amigos saben que a esta hora no atiende. Bueno, a ver quién es. ¿Del Comité Provincia? ¿El Doctor Cabello? Dudo un poco, está en la cima, para qué quiere llamarme a mí. ¿Me estará gastando alguna compinche o en serio será la telefonista del Comité Provincia? ¿A ver? Sí, es la voz del Doctor Cabello. Como Presidente del Distrito, me invita a la inauguración del local partidario en Capital porque queda en la Sección Electoral que presido. Es cierto, olvidé que todavía soy la Presidenta de la Parroquia. Estarán todas las autoridades del Partido, desearía contar con su inestimable presencia, mientras a mí se me va anudando la garganta. Le agradezco en el alma, especialmente teniendo en cuenta su jerarquía y la amabilidad de llamarme personalmente, pero me encuentro gravemente enferma, le avisaré a Alejandro, usted sabe que milito con él, seguramente enviará gente, muchas gracias, hasta pronto, que se mejore, gracias.

Me siento en la cama. Grito. Grito como no he gritado en mi vida. Muero por ir a ese acto, muero por volver a ser lo que fui, lo que ya no seré nunca, estoy arruinada, muerta en vida, con mi oportunidad perdida justo ahora que pude haber logrado todo aquello por lo que tanto luché, la concejalía, el dinero, más éxito, más poder, me llama Cabello y tengo que rechazarle la invitación, postrada, discapacitada, ¿qué me importan la gelatina, la ensalada de arroz y la albahaca! Quiero poder caminar, eso era vida, estoy sepultada en mi casa y cuando me desentierren seré una momia anquilosada, me llamó Cabello, él nada menos, ¿por qué no me dejaron morir! Si total estoy muerta de disgusto, de encierro, de inactividad. Tiro al Demonio la revista Hola, no me interesa lo que le pasa a Lady Di, salvame mamá, ¿por qué no fui un aborto?, salvame, para qué me pariste, mamá, mamá.

No duermo, no duermo, diez años de militancia, en la cúspide, en lo máximo que podía conseguir, perdidos por este lupus maldito, lloro, lloro con hipos para que mamá me escuche y me diga que encienda la luz, me lo dice, no, no me mientas, nunca seré la de antes, nunca más un aplauso, nunca más una noche gloriosa en una manifestación, cantando y gritando, ¿qué manifestación si no puedo caminar!, me fundí, estoy quebrada, no me digas que me subirá la presión, que me suba, que reviente como un sapo, no quiero un té, Mirta, y Delia, y Josefina, y Magdalena, todas moviendo el traste en el Comité Central y yo regando las plantas, plantas de porquería, correte, perra también de

porquería. ¡Qué va a pasar todo! No pasará nada, el lupus es crónico, aunque vuelva al trabajo no seré la de antes, no podré hacer todo en cinco minutos, ése era mi poder, mi celeridad, mi rapidez, ahora podré, cuando pueda, estar unas pocas horas haciéndolo todo lentamente, nada de presiones, nada de apuros, nada de stress, nada de nada. Una muerta en vida, una vieja, una discapacitada motora, blanca como la leche sin soñar con ir a la Costa ni a la quinta porque no puedo tomar sol. Sollozo. Moqueo. Me duermo entre lágrimas y mocos.

Me levanto como cuando estoy realmente muy mal: no hablo. No hay que asustarse cuando grito, es preferible temer si guardo silencio. No miro las estrellas y riego las plantas sólo porque son seres vivos que merecen respeto, pero enchastro todo el balcón con agua barrosa. Evidentemente, no sé lo que hago.

Justo esta tarde a la vieja se le ocurre ir a la peluquería, exactamente lo que sabe que no puedo hacer ni me vale la pena tampoco, porque tengo el pelo todo quebrado por la fiebre y el corticoide. Bueno, si quiere puede ir a la peluquería o al Diablo, me da lo mismo.

¿Cómo vuelve con esa facha? ¿Todo este tiempo y el peluquero no le hizo nada? ¿O se cansó de esperar y se vino? ¿Cómo? ¿Te fuiste a lo de Bravo? ¿Sin avisarme? ¿Y para qué? No, no me mientas que ya sabés que no me gusta. Me lo decís para consolarme. ¿En serio volveré a ser la misma? ¿Eso te dijo? ¡Pero si no puedo esforzarme! Ah, deberé ingeniármelas para hacer las cosas con calma, controlarme a mí misma, evitar las rabietas. ¡Pero en mi

trabajo todo se necesita con apuro! Sí, es verdad, un trabajo lento mío es igual a uno rápido de otra, tengo tanta cancha que supero a cualquiera, ¿pero cuándo? ¿Antes de lo que imagino? A ver, lo que tengo que hacer es aprender a conocer mis límites e imponérselos a los demás sea como sea, a las buenas o a las malas, igual siempre me necesitarán... no estoy tan segura, pueden reemplazarme, nadie es insustituible. No mami, no soy la única con temple de política. Bueno, eso es cierto, no hay muchas dirigentes de mi nivel que tengan cabeza y menos que sepan usarla. Pero me falta el cuerpo. Nunca lo había valorado, ahora sé que no basta con el espíritu, que si se rompe el envase el contenido se derrama. ¿En serio te dijo todo eso? ¿Y la pierna? ¿Tiempo, otra vez tiempo? Bueno, no me importa viajar en taxi las primeras veces, hasta podría contratar un remise, ¿no te parece? ¿Creés que podré ir a votar a la interna para senador? ¿No estoy muy monstruosa? Esperá que suena el teléfono. Es Alejandro. ¡No te imaginás! Logró ponerme en la lista de candidatos a electores de senador nacional. Claro, tuvo que rogar mucho pero pudo. Hay que pensar qué ropa me pondré para el comicio, no quiero que me vean desfigurada, algo que disimule un poco. De cara ya no estoy tan mal ¿no? ¡Qué rica esta gelatina! Mañana, si Dios quiere, hago otra pero de durazno. Sentí el perfume de la albahaca.

CAPITULO 7: "CORTE DE LUZ"

Hoy es el gran día. Tengo la boleta con mi nombre. Me votaré a mí misma. Seré electora de senador nacional porque el líder gana la interna. Seguro.

Hice todo prolijamente. Me puse mucha crema en la cara, después de un rato me lavé el pelo y lo dejé secar despacito para que quedara vaporoso. Tengo sobre un sillón del cuarto de estar la ropa que usaré. Me compré un pantalón pinzado de corderoy beige, una camisa bordó y un saco de lana, con eso tapo la gordura. Ricé las pestañas postizas y me pinté las uñas.

Ahora, para estar bien relajada, escucho a Mozart. ¡Qué buena es esta radio que compré para enterarme bien de todo lo de la Guerra del Golfo! Cuando sea la hora me arreglo y espero que Irina venga a buscarnos con un auto. ¿Por qué se apagó la radio? Debe ser el enchufe. ¡Mamá, se cortó la luz!

No, a mí me da un ataque. No puedo bajar, y mucho menos subir, cinco pisos. Y esta basura de compañía, que no atiende el teléfono de reclamos. Claro, si no contestan los días de semana menos lo harán un domingo a las tres de la tarde. Señorita, por favor, se ha cortado el suministro y en la casa vive un enfermo. Lo pasaremos a reparación. ¿Pero cuánto tiempo, señorita? ¡Desgraciada, cortaste!

Las cuatro. Mami, asomate al balcón a ver si vino la cuadrilla, yo no puedo por el sol. Las cinco, las seis, las ocho. Estoy vestida y maquillada por si viene la luz pero no

va a venir, ya no rezo más, que sea lo que Dios quiera, pero era mi sueño, mi oportunidad de volver a mi mundo. Pará: ¿mi mundo? Si ya no sé cuál es. Porque me vuelvo loca por ir a votar y salir en alguna foto si es posible, pero también estaría lindo mirar televisión y tejer un rato, o agarrar el teléfono y llamar a alguna amiga, o lavarle los platos a mamá, desde que se los lavo se le mejoró mucho la piel de las manos y a mí el detergente no me hace nada. No es tan desdichada la vida del ama de casa, puede ir a una exposición (hace años que no iba), leer un libro tranquila, jugar con la perra, amasar unos ñoquis y chuparse los dedos con una salsita fileto, y disfrutar viendo cómo los otros comensales quedan encantados con su obra. Las nueve. Ya no viene la luz. ¿Luz? ¡Luz mamá, luz!

Si pudiera correr al teléfono. Pero apenas camino. Me comunico con el Comité, que venga Irina urgente, gracias a Dios que las internas son hasta las diez, ¡tanto que me quejaba cuando me tocaba ser fiscal! La espero abajo, mamá me lleva del brazo, subo al auto, Irina, mi amiga de tantos años, me miente y me dice que estoy linda, charla y charla. Es para disimular que está emocionada. No pensó volver a verme viva.

Estoy en la vereda del comicio. Veo a los correigionarios de la Parroquia. Como de costumbre, Alejandro parado en la puerta. Me sonrío, me da el brazo. Lentamente subo los tres escalones. Apoyada en él llego a la mesa de votación. Para mí, las elecciones son un rezo laico. Me emocionan, allí está la libre expresión de la voluntad popular. Emito mi voto. Después nos sentamos a conversar, no le gusta que

diga charlar porque, según el diccionario, una charla es una gárrula insulsa y nosotros hablamos de cosas serias. ¿Estás contenta? Vas a ser electora. No te apures por volver a la oficina, hay tiempo, yo te espero, tomate las cosas con calma. ¿Cómo te sentís?

Las diez, hora de cierre del comicio. A la Presidenta de Parroquia le corresponde hacer sonar la campana de bronce de la escuela para dar por finalizado el acto electoral. Le pido permiso a Alejandro. Por supuesto. Tiro de la cadena y noto que no tengo fuerzas para mover el badajo. Pero tiro, tiro con toda mi alma, y la campana suena y resuenan los aplausos, y le digo a Alejandro que viví para llegar a ese momento, para tocar la campana.

Me duele el hombro. No debí hacer ese esfuerzo. Mamá, ayudame a quitarme el saco. Dame una aspirina. ¿Viste cómo pude? ¿Y qué bien me trataron todos? Cuando le dije a la desgraciada del otro Comité que no me moriría todavía porque soy la Presidenta, que esperaré al año que viene que se acaba el mandato, se le puso cara de espanto. ¡Por Dios, Araceli, no digas eso ni en broma! No es tan mala, algún sentimiento tiene.

Bueno, tratemos de dormir que mañana tengo mucho que hacer, si me subís la perra a la pileta del lavadero la baño, además quiero preparar un flan para festejar, pero de los caseros, con mucha vainillina. Dame un beso. Hasta mañana.

CAPÍTULO 8: "EN PÚBLICO"

Bueno, ya soy candidata a electora de senador nacional. No cualquiera. Pero estando tan lejos del Comité Central pintaré monas, sólo se trata de un adorno.

¡Hola Silvina, tanto tiempo, cómo te va! Sí, estoy mucho mejor, ya salgo y todo, pronto iré a trabajar. ¿En serio te preocupaste? Gracias, sos muy amable. No te escuché bien, ¿que el candidato a senador presenta a sus electores en el Hotel Presidente y me invita? ¿Cuándo, mañana a las 7? Mirá, no sé si estaré en condiciones, haré un esfuerzo pero no te prometo nada, claro que me encantaría ir pero realmente no sé, sí, lo tendré en cuenta, gracias, un beso, gracias.

¿Iré, mami? Tengo el pelo muy quemado todavía, para nuestro Comité está bien, pero aún no se me deshinchó la cara, la gente lo notará. Además es a las 7, hasta las 8 no empezará y se me va a hacer tarde, casi preferiría quedarme preparando la cena que ir a esa exhibición en la que todos se pondrán a empujar para salir en la foto, ya sabés cómo son esas cosas, las tres cuartas partes no son militantes en serio, lo único que les importa es figurar ¿me acompañás? No, si no me acompañás seguro que no voy, no te lo digo para presionarte pero de los electores no conozco casi a ninguno, en fin, veremos cómo está el tiempo, pero ya empiezan con los actos nocturnos, bueno, éste más o menos, da lo mismo, después querrán llevarme a comer y otra vez apareciendo en casa a las 3 de la mañana.

¿Voy o no voy? Me bastaría con levantarme de la cama, en quince minutos me arreglo, ¡qué lindo este Vivaldi!, no lo conocía ¡y con mandolina! No quiero meterme otra vez en la lucha, no quiero que me atrape, porque cuando una entra no sale hasta que un día le duele algo, a ver si mañana.....

Suerte que por la puerta de casa pasan taxis a montones y éste va aceleradísimo, llego a tiempo. ¡Querida! ¿Cómo estás? Sí, ya han llegado algunos, acercate y ponete cómoda, por supuesto, podés sentarte.

Me ubico en la primera fila pero no juntito al estrado sino silla por medio, así me ven pero no parezco una desesperada. Aterrizan de a poco, claro, son paracaidistas, al menos en su mayoría, grandes saludos, gestos espectaculares, a ese pobre viejo que milita desde hace cincuenta años nadie le hace caso y, sin embargo, tiene más derecho que todos nosotros a ser elector ¡No permiten que ingrese su esposa, dicen que no hay espacio! ¡Ha dado la vida por el Partido!

Ahí viene el candidato, se abalanzan sobre él, lo abrazan, lo besuquean como a mí cuando asumí la Presidencia de la Sección pero más porque seguro, seguro, será senador, y piensan que pueden ligar algo. Sobre todo las mujeres, con esto del cupo están enloquecidas, cualquier militante de quinta se ve diputada. Yo me quedo en mi asiento, no voy a hacer papelones. Un sencillo ¿Cómo le va? ¡Qué tenga mucha suerte!, cuando pase a mi lado, y listo.

Ahora los discursos. Uno, dos, tres. Preferiría estar en mi casa leyendo a Borges y no aquí escuchando pavadas. Porque no todos los que se creen políticos en verdad lo son. Aplausos. Algunos vivas. Seguro que ganamos. A la salida, el cóctel. Ahora sí que me voy. No tengo ganas de comer saladitos enchastrados de queso crema, quiero una milanesa de mi mamá, además ya son las 10, mientras llego a casa y todo se me hace una eternidad. ¡Hola Manuela! ¿El jueves organizás un acto para las mujeres que apoyamos al candidato?, bueno, al senador, porque seguro que desde ahora mismo es senador, ¿en un teatro? ¿estamos invitadas todas las electoras? ¿y nos ubicarás en el escenario? Mirá, no sé, ya conocés mi estado. ¡Ah!, hay que llevar gente (por eso me invitás). Bueno, llamaré a todas las que pueda de mi Parroquia, sí, sí, te aseguro bastantes, quedate tranquila. Chau, me voy, chau.

¡Ay mami, qué hora se me hizo! Y mañana me levanto a las 6, lo peor es que el jueves no puedo faltar, acompañame, estaré en el escenario, será lindo, intervienen varias artistas, vení así chusmeamos un poco, después te invito a comer.

¡Qué pedantes son algunas! Se creen que un roñoso cargo de electoras las lleva al Cielo. Ignoran qué largo es el camino, qué denso, cuántos sinsabores lo pueblan, cuántos contratiempos deberán superar! Cada dos años una interna. Revalidar títulos permanentemente, si te juntás con la línea ganadora sos una diosa, y si perdés no te alcanzan ni un vaso de agua.

Otra vez los discursos. Hoy no son tres, son cuatro. Por el Partido. Por la Nación. Y por los bolsillos de todos los que

puedan agarrar algo. ¡Cuándo se acabará esta tortura! Me olvidé de sacar los bifés del freezer y para el almuerzo de mañana estarán hechos una piedra.

Bueno, por suerte se acaba pronto ¡si no saben ni lo que dicen! y la campaña también, las elecciones son el domingo. Es la primera vez que no estaré como fiscal, todavía las fuerzas no me dan para eso. Voy, voto, me quedo un rato y a casa, a escuchar el escrutinio tranquila. En el Comité no se puede, todos hablan, gritan, discuten, mueven el dial, no se entiende nada. Mejor en casa, tomando café y escuchando Mitre que te da la justa.

Sí Alejandro, ya voté, vine para ayudar con los padrones, me quedo hasta que me canse, no, no te preocupes, cuando me canse me voy. ¿Hay agua mineral? De las épocas de fiebre me quedó la costumbre de beber mucha agua. Sí señora, yo le digo dónde vota, permítame su documento. ¿Por qué tendrán la maldita costumbre de esperar el último momento del último día para averiguar dónde votan? Así se arman las colas y ya están volviéndome loca. Alejandro, como de costumbre, se histeriza, no, mejor me voy, vamos mami que después del cierre, cuando salgan a festejar, no conseguimos un taxi ni de milagro. Chau.

¡Ganó, ganó! Bah, no sé qué me alegra tanto, ya se sabía, igual no entré como electora, con el lugar que ocupaba en la lista era imposible, pero de todas formas me regalarán un diplomita que colgaré prolijamente en mi despacho, marquito mediante. ¿Por qué hablo así, todo en chiquitito? ¿Es que veo todo esto como algo muy chiquitito? ¿Hablará

mi subconciente? ¡Ah!, no elucubres tanto, Araceli. Algo es algo, especialmente para quien hace unos meses estaba muerta y enterrada, disfrútalo y listo. Metimos un senador más, evidentemente la Capital es nuestra, la gente sabe votar y vos pudiste reaparecer. Ese senador es el que tiene que hacerme candidata a concejala como tanto lo soñé. Y para lograrlo trabajé diez años como una negra, en pos de un sueño que ahora puede concretarse. Pará un poco ¿Seguís soñando lo mismo? ¿O es sólo un retintín? Debo pensarlo pero hoy no porque estoy cansada y más vale que me acueste, no hay nada, nada, más importante que yo.

CAPÍTULO 9: "EL REGRESO"

¡Qué sorpresa se darán cuando entre a la oficina! No sueñan, ni siquiera Alejandro, que hoy es mi primer día de trabajo. En taxi por supuesto, aunque Bravo ya me dijo que lo que tengo es un músculo roto, un desgraciado chiquito que proporciona estabilidad, y que deberé hacer fisioterapia, pero ahora no tengo ganas de andar entre médicos y médicos, con él me basta y sobra, bueno, al menos sé que un día ¿cuál será? caminaré como todo el mundo. Como todo el mundo que no está tullido, claro. ¡Buenos días! Caty pegó el grito ¡Es Araceli! Y vinieron corriendo a la recepción. En verdad me emocioné, tantos abrazos, tanto cariño, siendo la jefa podrían odiarme. En definitiva, no habré sido tan mala.

A ver, a ver, ¿qué hicieron en mi ausencia? ¡No hicieron nada! Tengo sobre el escritorio los mismos proyectos que dejé hace seis meses. Y los nuevos que presentaron dejan bastante que desear, pobres chicas, no debo decirles nada, hicieron lo que sabían, bueno, ahora me reintegro y pongo todo en orden pero despacito, sin atorarme. Ya me lo propuse cuando estaba en cama, no dejaré la vida en el trabajo. Si Alejandro tiene la loca idea de que volveré a darle a la máquina de escribir diez horas seguidas y como si fuera Leguisamo, está muy equivocadito. Aposté todo de mí cuando no conocía los riesgos que corría pero ahora los conozco perfectamente, he sufrido las consecuencias en carne propia. Si tiene apuro por algo que me lo avise con anticipación y si no que espere, total, nunca pasa nada. No me perderé todo lo lindo de la vida que he descubierto, o que tenía olvidado, en homenaje a mi trabajo.

La militancia es otra cosa. Ya pedí en el Comité Central los teléfonos de todos los Comités Seccionales, a muchos de los Presidentes los conozco y son buenos amigos, la primera reunión de la Comisión de la Mujer será el próximo lunes, debo empezar a llamarlas.

No es tan difícil convencerlas. Estoy sorprendida. Se sienten ansiosas por tener un espacio, claro, el Partido está muy inmovilizado, la gente quiere participación, diálogo, información, le gusta que se la escuche. Además, está mi prestigio de por medio. Lo que me agota es darle tanto al teléfono pero bueno, aunque pague fortunas vale la pena.

Es la primera reunión, me faltan algunas Secciones pero están representadas casi todas. Las dejo hablar pero en algunos casos tengo que frenarlas, nunca se quedará en su casa una loca, traerán más mujeres a la próxima, no, no suspenderemos las reuniones durante el verano, total me quedo en Buenos Aires. Y guardo un cuchillo bajo el poncho: el Congreso Metropolitano.

Por eso hablé con Silvia, que se ha pasado la vida organizando encuentros, seminarios, congresos, simposios, debates. Me sugirió que comenzara por una encuesta para averiguar qué temas interesan a las mujeres. Ya la redacté, en el Comité Central me la imprimieron, les interesa la Comisión, advierten que marcha bien, siempre hay en las reuniones algún hombre espiando, hasta el mismo Presidente se acerca para conversar con nosotras.

Parece mentira, llegan las encuestas y casi todas coinciden en los mismos puntos, la participación, la unidad de las mujeres y la capacitación para la labor política. Bueno, si así lo quieren, ése será el temario.

Pero además debo tener un buen panel, para que discursen antes del debate en comisiones. ¿A quiénes invito? Debe ser una por cada línea interna, no haré un Congreso para un sólo grupo, el Comité Central es de todos. El problema es que no logre reunir la suficiente cantidad de congresales y el papelón ante las panelistas resulte mayúsculo. Me arriesgo.

Las tres diputadas dijeron que sí, por supuesto, todas estarán como locas esperando la palabra de la más vieja que

es también la más sabia, pero valdrá la pena escucharlas a las tres, cada una aportará lo suyo.

¡Qué mes el de marzo! El 8, Día Internacional de la Mujer. Me invitaron a la radio, tuve que estar con otras de distintos partidos y meter baza ni bien se callaban para respirar, después salir corriendo al Comité Central, mamá ya habrá llegado con las botellas de sidra y los vasos descartables, si lograra que viniera el líder sería un éxito total. Dale, apurate a descorchar las botellas, esto está lleno y hace calor, se me mueren de sed, ahí viene el líder, me abraza, ¡cuánto le agradezco que se haya acercado a nosotras! Está muerto, bajó sólo un instante porque arriba tiene una reunión feroz. Pero sonrío, me abraza otra vez, nos felicita, se toma una sidra y se va. Como todas tenemos algo de la Cholula, las militantes quedan más comprometidas aún para el Congreso, que es el 12.

Pero estoy ya me tiene medio podrida. Subí, bajá, corré. ¡Para qué me habré metido en este lío! Y no puedo fallarles, ni a ellas ni a mi misma, porque las ponencias del Congreso de la Capital serán presentadas en el Nacional, que se hace el otro viernes.

De las tres desgraciadas a las que convoqué para que se hicieran cargo de las acreditaciones apareció sólo una, tuve que pedirle a mamá que se pusiera a registrar. ¡Mamá! ¡Mi mamá! ¡Es una diosa! Aterrizan de a poco. El salón es grande. ¿Se llenará? ¡Por favor, ¿se llenará?! Sí, se llenó.

Las panelistas discursaron de maravillas y las comisiones funcionaron bien aceitadas, para eso puse moderadoras de mi confianza. Pero terminó tardísimo. No sé cómo hacen las mujeres para no cansarse, ni cómo tendrán de sucias sus casas, porque ninguna siente apuro por regresar. Les da lo mismo finalizar a la 1 que a las 4 de la mañana, es decir, prefieren a las 4. Claro, viven del freezer y el microondas, y de las escuelas de jornada completa también, pero así y todo, la basura debe estar acumulada en los rincones. No todo es la vida "de afuera", también existe la vida de hogar, no, no existe, por eso los departamentos se diseñan tan chicos, no como el mío que es enorme porque vivimos en él, la gente va a su casa para dormir y nada más.

Bien, ya pasé el Congreso Metropolitano, ahora viene el Nacional. No, no me quedo a discutir las ponencias. Se mandaron un Congreso para una sola línea interna y voy muerta. Mejor me tomo un café en la confitería de la esquina y me preparo para la cena de cierre. Ésa sí que es importante. El líder es el principal orador y ya le preparé doscientas mujeres de nuestra línea que irán a aplaudirlo, todo porque él mismo se dignó pedirme ayuda, no puedo fallarle, debo estar en los más mínimos detalles.

Por suerte el salón queda cerca de casa, cuando termina puedo volver rápido, tiene capacidad para cuatrocientas personas, yo llevo doscientas, copo todo, aquí, ubíquense aquí, rodeando la cabecera, así lo cuidamos, que no haya agresiones, vinieron todas ¡regio! dejamos a las de la otra línea en el fondo, si chillan mucho no les servirá de nada, no se las oirá.

Aquí llega el líder, griten, griten, tapen a las otras. No, no hay nada que tapar, todo el mundo se porta bien, le piden que salude mesa por mesa y voy detrás suyo, así le indico quienes son de la contra, las conozco una por una.

Gran discurso. Final feliz. Tan feliz que lo llamo a Alejandro para contárselo. Ya lo sabía. Lo sabía todo de la propia boca del líder. Y me avisa: tenés asegurada la concejalía. ¡Dios mío!

CAPÍTULO 10: "LA DUDA"

Estoy desvelada como en mis mejores épocas de exceso de corticoide, y no me dormiré hasta que resuelva el problema. No seas omnipotente Araceli, a lo mejor no lo resolvés esta noche. Te decidirás cuando puedas.

He invertido diez años de mi vida en mi carrera política y no me ha ido nada mal. Fui escalando de a poco, que es lo más seguro, y con mucho esfuerzo y trabajo, que entiendo la única forma de obtener un logro perdurable. Estoy convencida del ideario del Partido. Estoy convencida de que la democracia es el mejor sistema de gobierno que podemos tener. Sé que aún es mucho lo que puedo dar y mayor la cosecha que me aguarda.

¿Qué tengo para dar? Trabajo, estoy dispuesta, pero dentro de los límites razonables. Militancia por supuesto, pero no hasta la extenuación. El lupus me ha cambiado. Me demostró que existe vida después de la muerte, pero no en

el sentido de los libros esotéricos. Yo hallé otra vida, interesante, gratificante, en medio de la agonía.

Es verdad que logré todo lo que antes dije, pero ¿cuántas apacibles mañanitas no vi? ¿Cuántas vidrieras no miré? ¿Cuántos libros dejé pasar sin leer? ¿Sabe una mujer lo que pierde cuando no disfruta de su casa, de su familia, de sus amigos? Yo no lo sabía, pero ahora conozco perfectamente los límites de la entrega. No voy a incinerarme a lo bonzo por conseguir un cargo que dura cuatro años para, una vez concluido el mandato, mandarte a tu casa, encima con fama de ladrona aunque no hayas tocado un centavo. No perderé los últimos años de mi madre por lucirme en una sesión del Concejo. Me he tornado más modesta, más humilde. ¡Deseé tanto ser concejala! Ahora quiero un trabajo agradable y el que tengo lo es, con un sueldo seguro, la seguridad es uno de los valores que más apreciamos las mujeres, y con buenas compañeras como también tengo, con quienes hablar de las cosas simples de la vida, charlar, sí, charlar aunque según Alejandro sea una gárrula insulsa. Pues yo encuentro en todo eso un encanto diferente, como en una nohcecita de verano recorriendo vidrieras con los ojos ávidos, y en una película medio boba pero entretenida, también. Quiero estar en casa cuando viene el veterinario de mi perra o el médico de mamá, quiero tener tiempo para ir a la peluquería, y copiar la receta del soufflé que prepara la que se peina al lado mío.

Claro, no es fácil renunciar al éxito. Quien alguna vez recibió un aplauso no lo olvida nunca. Los aplausos tienen

un sonido muy especial. Condenarse a la opacidad tan joven es casi un desperdicio. Llevo mucho tiempo y he cosechado mucha experiencia en una casa legislativa, realmente podría triunfar, si cuando vi el pobrecito pasacalle en la puerta de mi oficina me volví loca ¿qué no me ocurriría caminando por la ciudad entera empapelada con mi cara? Sería fantástico haber comenzado como quinta convencional suplente y llegar a concejala, un gran reconocimiento a mis méritos, a mi esfuerzo, porque yo sí que di la vida por el Partido, pagué un precio muy alto por lo que logré, y ahora parece que ha llegado el momento de cobrar la recompensa.

No, pará, no dejes que la máquina te atrape nuevamente. Si llegarás a concejala, deberás olvidarte del veterinario de la perra, del médico de tu madre y de tu propia peluquería. Ya no tendrás tiempo para cocinar ni para pasear por los shoppings, ni para leer un libro interesante, ni para la revista Hola. Olvidate de Mozart y de Albinoni. Olvidate de llegar a casa temprano. Olvidate de tus amigas y de tus plantas. Caramba, el jazmín está a punto de florecer. Por supuesto que verás las estrellas, hasta Venus, porque regresarás a tu casa al amanecer, cansada, medio muerta, para seguir compitiendo al día siguiente y al otro, y al otro, siempre trenzando, con éste, con aquél, con el de más allá. Precisamente, el otro día una amiga me dijo que para ser político son imprescindibles un buen sistema cardiovascular y un estómago de fierro. ¿Habrá querido decir lo que entendí?

Pero al líder no puedo decirle que no, ya estoy embarcada. Si me niego me tomará por loca y no me ofrecerá nada nunca más. ¿Para qué me esforcé como candidata a electora, para qué dejé los huesos en la Comisión de la Mujer, que la inventé yo, que es mi creación, igual que el famoso Congreso? Eso lo hace una persona que aspira a un cargo y si lo dejo pagando no contaré con él por el resto de mi existencia. Hasta puedo quedarme sin trabajo si en algún momento necesito su apoyo. No me lo dará.

¿Ves, Araceli, que no podés resolverlo esta noche? Dejalo para mañana, la entrevista es a las 6, y guiate por tu intuición que nunca falla. Ahora dormí. Recordá que Bravo siempre dice que las lúpicas deben dormir mucho.

CAPITULO 11: "LA DECISIÓN"

Aquí estoy, a las 6 en punto, sentada en la antesala del despacho del líder. Nunca entendí por qué los políticos son tan impuntuales. Pero bueno, total no tengo nada que hacer, me da lo mismo esperar.

Es linda la ropa que traje, claro, ahora puedo llevar algo mucho mejor que hace un año, recuperé mi peso habitual. El pelo, a fuerza de tantos baños de algas, es el de una recién nacida y la pierna, gracias a la fisioterapia, está como nueva. Como yo, que estoy nueva y sin posibilidades de una recaída. Mi caso ha pasado a los anales de la medicina. Un episodio aislado, irreplicable. No se puede creer. Sigo

siendo una linda mujer, como diría el Código Civil, en la plenitud de mis facultades físicas y mentales.

En la plenitud porque también maduré mucho, el dolor ayuda a madurar, pero estúpida como siempre, porque no estoy segura de haber tomado la decisión acertada. La tomé y no iré hacia atrás. Ya no puedo, no debo dar más vueltas al asunto.

Aquí llega el líder. No sé por qué, pero su presencia siempre me ha impresionado. Impone respeto. Es un señor como se encuentran pocos en el Partido. Muy correcto, muy amable. Un real señor.

Me hace pasar a su despacho, me convida café, me pregunta por mi salud. Estoy muy bien, usted me ve, he recorrido un largo camino pero ya no tomo corticoides ni deberé volver a ellos en mi vida. No, picos de hipertensión tampoco, se fueron con el corticoide, que también se llevó los granos, la cara hinchada, la gordura, ¿nota que llevo ropa ajustada? Conservo intactas todas mis potencialidades. Sigo siendo la misma buena redactora y oradora además, al principio había quedado algo disfónica pero mi voz resuena bien fuerte. Sí, estoy lista para el trabajo, ya me reintegré, además voy al Comité una vez a la semana ¿le parece poco?, es que tengo otras actividades, el trabajo en la legislatura, la Presidencia de la Comisión de la Mujer, no lo olvide, aunque me queda poco tiempo de mandato, y además he encarado otras actividades que me producen placer. Diré una vulgaridad, pero el que se quema con leche ve una vaca y llora y ya no quiero llorar, derramé demasiadas lágrimas, no repetiría los sacrificios que hice

antes de puro inconciente. Estudio musicología, historia del arte, filosofía, idiomas, escribo cuentos para mi propio deleite y el de quienes quieran leerme. Claro, usted está poco en su casa y seguro que come permanentemente afuera, ¡no sabe lo que se pierde! No hay como la comida casera, aprendí a cocinar casi como Doña Petrona, me relajan mucho las tareas de la casa, he vuelto a la costumbre que tenía antes de afiliarme. Los viernes me tomo el día para mí, voy a alguna exposición, hago compras, y después reúno a mis amigos, siete u ocho por vez, para comer juntos y charlar del último libro o la última película, o compartimos un palco en el Colón, o nos vamos a bailar, lógico, si la pierna está perfecta, ¿por qué habría de privarme de esa diversión? Por si todo esto fuera poco, cuido mis plantas, tengo un balcón de trece metros repleto de macetas, muchas azaleas, helechos, y un jazmín del cabo a punto de florecer. Las plantas requieren un cuidado amoroso y constante, no se las puede tratar así nomás, hay que sacarles los yuyos, las hojitas secas, podarlas para darles forma... perdón, estoy distrayéndolo con mis cuentos domésticos. ¿Para qué me necesitaba?

¿Por qué le hago la pregunta, si lo sé muy bien? Me ha citado para ofrecirme la concejalía que no quiero. Me mira largamente, sin responder a mi inquietud. Revuelve el café ya frío. Clava sus ojos en los míos, me inquiere directamente. ¿Sos feliz? Mucho, muchísimo, porque encontré la paz. El dolor me regaló la madurez, y la madurez, la paz que no tenía. Si, soy muy feliz. Me alegro

mucho, querida, y te deseo lo mejor. Ha sido un placer conversar con vos.

Salgo a la calle y percibo la suave brisa de una noche de primavera. Miro el cielo. No veo a Venus, se muestra de madrugada, pero me saluda la Cruz del Sur. Cuando bajo la mirada me topo con un kiosko de flores y allí, tentadores, jazmines tucumanos, los primeros. Compró un ramito. Lo huelo durante todo el viaje en colectivo. Y disfruto mi paz.